



Bajo el Volcán

ISSN: 8170-5642

bajoelvolcan.buap@gmail.com

Benemérita Universidad Autónoma de Puebla
México

Oubiña, Hernán

El problema de la neutralidad de la técnica en el pensamiento político de Lenin. Notas críticas acerca
de por qué la culpa del asesinato también la tiene el cuchillo

Bajo el Volcán, vol. 11, núm. 17, septiembre-febrero, 2011, pp. 259-272

Benemérita Universidad Autónoma de Puebla
Puebla, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=28625451016>

- ▶ Cómo citar el artículo
- ▶ Número completo
- ▶ Más información del artículo
- ▶ Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

EL PROBLEMA DE LA NEUTRALIDAD DE LA TÉCNICA EN EL PENSAMIENTO POLÍTICO DE LENIN

NOTAS CRÍTICAS ACERCA DE POR QUÉ LA CULPA DEL ASE-SINATO TAMBIÉN LA TIENE EL CUCHILLO

Hernán Oubiña

Si la lanzadera supiera moverse por sí misma en el bastidor,

se podría prescindir de esclavos que la condujeran.

Aristóteles, *Ética a Nicómaco*

RESUMEN

En este trabajo se tiene el propósito de abordar el pensamiento de Lenin con respecto al problema de la técnica, centrándonos en el análisis de dos aspectos de la realidad social, diferenciados, pero, a la vez, inseparablemente unidos: el aparato estatal “técnico” y el sistema taylorista. Se sostiene que la caracterización de la técnica que realiza el líder bolchevique se encuentra impregnada de instrumentalismo y neutralidad, al punto de reíficar la posibilidad de *utilizar*, tanto a las instituciones de registro y control que forman parte del Estado burgués, como a las innovaciones tayloristas, para fines revolucionarios en la construcción de la sociedad comunista. Si bien somos nosotros los verdaderos responsables del asesinato sistemático que se realiza cotidianamente en la sociedad capitalista, huelga decir que el cuchillo-*tekhnē* también debería ser condenado por su coautoría (o al menos, por su innegable responsabilidad), aunque resultará por demás problemático llevarlo al banquillo de los acusados.

Palabras clave: técnica, neutralidad, taylorismo, instrumentalismo.

SUMMARY

The purpose of this work is to approach Lenin's line of thought on the issue of technique, by focusing on the analysis of two aspects of social reality which are differentiated but at the same time inseparable: the “technical” state apparatus and the Taylorist system. It is argued that the Bolshevik leader's perception of technique is impregnated with instrumentalism and neutrality, to the point of reifying the possibility of *using* the bourgeois state mechanisms of registry and control, as well as the Taylorist innovations, for revolutionary purposes in the construction of the communist society. Although it is we who are the true culprits of the systematic

murder performed every day in capitalist society, it goes without saying that the knife-*tekhnē* should also be condemned as the co-author (or at least for being undeniably responsible); however, to lead it to the dock could prove somewhat problematic.

Key words: technique, neutrality, Taylorism, instrumentalism.

El presente artículo tiene el propósito de abordar el pensamiento de Lenin con respecto al problema de la técnica, centrándose en el análisis de dos aspectos de la realidad social, diferenciados, aunque a su vez unidos indisolublemente: el aparato estatal “técnico” y el sistema taylorista. La discusión resulta por demás pertinente, habida cuenta de las profundas consecuencias negativas que sufrió más de un tercio de la humanidad (y aún padece hoy un porcentaje no menos considerable) al regirse durante décadas por estos principios. En efecto, el leninismo ha tenido una enorme raigambre como lectura teórica y, sobre todo, política, a lo largo del siglo XX. Y si bien se ha asumido de sobra su paternidad, resta todavía romper con el complejo de Edipo. Para ello es preciso pasar el cepillo a contrapelo a sus postulados más polémicos. Como veremos, la caracterización que de la técnica realiza el líder bolchevique se encuentra impregnada de instrumentalismo y neutralidad, al punto de reíficar la posibilidad de *utilizar*, tanto a las instituciones de registro y control que forman parte del Estado burgués, como a las innovaciones tayloristas, para fines revolucionarios en la construcción de la sociedad comunista.

Por el contrario, creemos que resulta imposible inscribirles una lógica inversa, ya que no se está en presencia de un problema de mero “contenido”, sino que es *la propia forma que asume la técnica* lo enajenante. Ella condensa, en efecto, un cúmulo de relaciones sociales que suponen explotación y dominación, sometimiento y fragmentación, castración de la creatividad y disciplinamiento creciente de cuerpos y conciencias. El proceso tecnológico mismo se presenta, al decir de Raniero Panzieri (1974), como modo de existencia del capital. En tanto sistema de dominio, organiza de manera específica la reproducción del orden social, instituyendo formas de control y de cohesión social alienantes, cada vez más sutiles. Se encuentra, por tanto, viciado de raíz, debido a las *condiciones históricas concretas* en las cuales se ha gestado y desarrollado. De ahí que, antes

que intentar “aprovechar” la tecnología capitalista para la liberación de la humanidad, el socialismo debe, tal como postula Hebert Marcuse, *crear su propia tecnología* en el sentido más estricto. Esto supone una radicalmente nueva base organizativa de la realidad social, así como un vínculo con la naturaleza, opuesto de cuajo al actual.

LA NEUTRALIDAD DEL APARATO ESTATAL “TÉCNICO”

De acuerdo con Evgeni Pasukanis (1976), en el capitalismo, la intervención estatal es opresiva por su *forma* misma, al margen del contenido específico de la acción del Estado. A raíz de su existencia como una instancia diferenciada con respecto al proceso inmediato de producción (esto es, a su abstracción real de las relaciones sociales capitalistas), siempre tiende a fragmentar a la clase trabajadora en un conjunto disímil de átomos, desvinculados unos de otros. La constitución del ciudadano vaciado de toda reminiscencia material es imprescindible para la existencia del Estado en tanto forma enajenante. De ahí que lo importante no sea sólo *lo que* el Estado hace, sino también *la forma en que* lo lleva a cabo. En ambos casos, la neutralidad no tiene cabida, ya que cada aspecto de la organización y accionar estatal expresa y refuerza su naturaleza de clase.¹ Es así como la dominación burguesa se apoya esencialmente en la separación de lo económico respecto de lo político.²

Ahora bien, según Lenin, existe un aparato estatal que se encuentra exento de esta lógica. De acuerdo con sus propias palabras,

[...] además del aparato de “opresión” por excelencia, que forman el ejercito permanente, la policía y los funcionarios, el Estado moderno posee un aparato enlazado muy íntimamente con los bancos y los consorcios, un aparato que efectúa, si vale expresarlo así, un vasto trabajo de cálculo y registro. Este aparato no puede ni debe ser destruido. Lo que hay que hacer es arrancarlo de la supeditación a los capitalistas, *cortar, romper, desmontar* todos los hilos por medio de los cuales los capitalistas influyen en él, *subordinándolo* a los Soviet proletarios y darle un carácter más vasto, más universal y más popular.

Esto *se puede* hacer, apoyándose en las conquistas ya realizadas por el gran capitalismo (Lenin, 1973).

De esta forma, Lenin establece una diferencia sustancial entre las funciones de los burócratas y las de los “expertos técnicos”.³ Estos últimos pueden desempeñar idénticas tareas tanto en la sociedad capitalista como en la transición al socialismo. De acuerdo con el líder soviético,

[...] el mecanismo de la administración ya está preparado aquí. No hay más que derrocar a los capitalistas y tendremos ante nosotros un mecanismo de alta perfección técnica, libre de “parásito” y perfectamente susceptible de ser puesto en marcha por los mismos obreros unidos, contratando técnicos, inspectores y contables.⁴

Al parecer, tal como hace notar Erik Olin Wright (1983), lo que se democratiza es el control, no la pericia técnica como tal. Se torna clara así la intención de Lenin de *utilizar* al personal con instrucción científica para fines revolucionarios, en tanto meros ejecutores de las tareas dispuestas por los trabajadores organizados como clase dominante. No concibe que el conocimiento técnico especializado contenga en sí mismo una cuota de poder burocrático que amenace seriamente las bases del proceso de democratización creciente implícito en su idea de la transición al socialismo. Así, por ejemplo, durante el octavo Congreso de los Soviets, realizado a finales de 1920, Lenin celebró

[...] el inicio de este tiempo tan feliz en que la política pasará a segundo plano, en que la política se discutirá con menos frecuencia y en menor extensión, y los ingenieros y agrónomos serán quienes hablen más [...] De aquí en adelante, la menor política será la mejor política (Lenin, 1960).⁵

Como en otras ocasiones,⁶ Lenin retoma aquí los principios de Karl Kautsky acerca de la necesidad de que el proletariado tome el poder y utilice el aparato estatal técnico en lugar de destruirlo. En sus propias palabras,

[...] para que podamos construir el comunismo, es necesario que hagamos más accesibles a las masas los medios que proporcionan la ciencia y la tecnología burguesas. De otro modo, no será posible construir la sociedad comunista. Y para poder construirla así, debemos arrancar el aparato de manos de la burguesía, debemos incorporar al trabajo a todos estos especialistas (Lenin, 1988).

Resulta claro que la intención de Lenin es simplemente desmontar los vínculos que *atan* a estos técnicos a los capitalistas, para luego avanzar hacia el socialismo. Ahora bien, es lícito preguntarse si el propio aparato estatal que se intenta desligar no se encuentra estructuralmente organizado para esos fines. Dicho de otra manera: la conformación misma de dichas instituciones, ¿no fue producto de la lucha de la clase dominante por separar (y oponer) lo político respecto de lo social, garantizando de esta manera el máximo control de la explotación de los trabajadores? Su desarrollo, pues, debe ser concebido como un momento de la confrontación entre las irreconciliables fuerzas sociales, y no en tanto ámbito inocuo ajeno a las mismas.

Esta errónea caracterización permite explicar por qué Lenin llegó a expresar que “el socialismo no es más que el monopolio capitalista del Estado puesto al servicio de todo el pueblo”.⁷ Lo que según él tenían de malo los métodos burgueses de producción y administración era simplemente que se encontraban al servicio de los capitalistas, por lo que su mera *utilización*, por parte del Estado obrero, posibilitaría inscribirles una lógica inversa a la hasta ese entonces vigente.

LA APOLOGÍA DEL SISTEMA TAYLOR

Es sabido que el taylorismo, al igual que el fordismo, ha expresado históricamente la ofensiva del capital contra el trabajo en aras de su creciente disciplinamiento. En palabras del propio Taylor, la dirección de los obreros consiste, en esencia, en la aplicación de dos ideas elementales: “en primer lugar, tener enfrente de ellos un sueño que los haga trepar; en segundo lugar, hacer restallar el látigo sobre ellos, y tocarlos de tanto en tanto con

el mismo”, (citado en Friedman, 1977). En efecto, en tanto vía tecnológica de la represión, ha intentado e intenta descalificar a los obreros profesionales a través de la expropiación intelectual, destruyendo así la base de sustentación de su poder en el seno del proceso productivo. El aumento del capital constante respecto del capital variable, especialmente en la automatización fordista, lejos de ser un proceso ajeno a la lucha de clases, es la estrategia política implementada por la burguesía a los efectos de reconstruir su dominación al interior de la fábrica. De esta forma, el trabajo muerto somete y absorbe la fuerza de trabajo viva, castrando al máximo su creatividad humana y convirtiéndola en existencia negada. En este punto, coincidimos con Adorno (1999) en que “en los propios movimientos que las maquinas exigen de los que las utilizan está ya lo violento, lo brutal”.

Sin embargo, parafraseando a Martin Heidegger, el taylorismo para el líder bolchevique “existe para ser usado”. En tal sentido, Lenin impulsará el estudio y la posterior utilización masiva de este *recurso*. Como expresara él mismo: “*lo más necesario* para nosotros, ahora, consiste en aprender de Europa y de los Estados Unidos”. El aumento de la productividad industrial lo llevó a apologetizar el sistema Taylor, que años más tarde será reformulado en función de las particularidades de la sociedad rusa por Stajanov.⁸ Sin embargo, en tanto fuerza productiva gestada en condiciones enajenantes, lleva impresa las relaciones sociales capitalistas en su seno. Precisamente, uno de los errores cruciales de Lenin (y de buena parte de la dirigencia soviética) fue creer que el objetivo principal del desarrollo tecnológico capitalista estriba en la máxima producción de bienes. Si bien, en parte, esto puede ser cierto, el verdadero nudo gordiano radica en garantizar la subordinación de la fuerza de trabajo al mando unívoco del capital. En sintonía con este precepto, la propia lógica del taylorismo supone la fragmentación del proceso productivo en lo que André Gorz ha definido como “subculturas” técnico/científicas, que impiden una perspectiva de conjunto de la sociedad en tanto totalidad concreta. Aun más: esta atomización –que, en palabras de Benjamin Coriat (1998), instaura la práctica *individual* del trabajador, allí donde el equipo y las solidaridades a nivel colectivo eran más fuertes– es condición de posibilidad para la existencia

del propio sistema capitalista. La expropiación del saber obrero es, pues, inherente al modelo de acumulación fordista y taylorista.

Por otra parte, como bien señala Marcuse (1969), la noción de “desarrollo de las fuerzas productivas” establece una continuidad entre el capitalismo y el socialismo. En efecto, de acuerdo con el autor de *Eros y Civilización*, en virtud de esta ausencia de quiebre, la transición hacia una sociedad autoemancipada sería, en primer lugar, un cambio *cuantitativo*, cuya característica fundamental radicaría en un incremento de la productividad. En efecto, coincidimos con Ricardo Graziano (1990) en que:

[...] reconocer el desarrollo de las fuerzas productivas, tal como tiene lugar en la industrialización capitalista, como el factor desencadenante que permite realizar el ideal humano, entraña desconocer la dimensión política presente en el interior del proceso mismo de producción fabril”.⁹

Esta concepción subyace, sin duda, en el planteo de Lenin:¹⁰ el comunismo comienza, según el líder bolchevique, cuando los obreros “sienten una preocupación –abnegada y más fuerte que el duro trabajo– por aumentar la productividad del trabajo.¹¹ La emancipación humana es conquistada a través del culto de la tecnología que exacerbaba al máximo la enajenación. La derrota definitiva del capitalismo será alcanzada debido a que “el socialismo logra una nueva productividad del trabajo mucho más alta”.¹² De esta forma, Lenin reifica plenamente el postulado metafísico moderno que plantea la existencia de una actividad productivista consustancial al hombre, y previa (al menos en términos lógicos) a su inserción en el conjunto de relaciones que constituyen a la totalidad social.¹³ Sin embargo, la evidencia en contra de este erróneo prejuicio resulta abundante, y basta leer a autores críticos como Pierre Clastrés o Edgardo Lander para impugnar aquella premisa.

Asimismo, la frase repetida en numerosas ocasiones por Lenin, acerca de que “el mecanismo económico funcione realmente como un reloj”, resulta una metáfora trágica de la concepción del tiempo que manejaba: cronometral, sin rasgo alguno de humanidad. En efecto, el mismo era entendido en términos burgueses, esto es, como algo homogéneo y vacío,

plausible de ser fraccionado en infinitas partes. Lo subjetivo *era la falla*, tal como solía expresar Taylor en su teoría de la “organización científica del trabajo”. Desde esta concepción, se entiende por qué la *idiotización* de los trabajadores en el proceso productivo ha sido un hecho *necesario*, en la medida en que “no es posible confiar en ellos, ya que mientras disponen de una mínima parte de poder en su trabajo, se corre el riesgo de que se sirvan de ella contra los que les explotan” (Gorz, 1977). De ahí que el taylorismo actúe en detrimento del poder de los obreros al interior del proceso productivo, expropiándoles el ejercicio del control sobre esta instancia, a través de la descalificación masiva, fijándoles tareas simples y monótonas susceptibles de ser controladas, convirtiéndolos así, en palabras de Antonio Gramsci, en dóciles *gorilas amaestrados*.¹⁴

Podría argumentarse que la diferencia sustancial de Lenin con respecto a Marx es que el primero se enfrenta con un problema no ya meramente teórico, sino práctico. Sin embargo, la desesperante situación económica y social de la Rusia de aquel entonces no debe opacar la discusión política, ni justificar prácticas por demás alienantes en pos de la mentada “construcción del socialismo”. Antes bien, debe potenciar la crítica hacia quienes tendieron a hacer, erróneamente, *de la necesidad una virtud*.

Así pues, la defensa explícita por parte de Lenin de la concepción burguesa del progreso técnico resulta sorprendente. Su equivocada creencia en que se estaba nadando, al decir de Walter Benjamin, a favor de la corriente dinámica del desarrollo tecnológico, lo llevó a expresar que “la forma de organización del trabajo no la inventamos, sino que la tomamos ya hecha del capitalismo”, por lo que “no tenemos más que adoptar lo mejor de la experiencia de los países avanzados”. La frase habla a las claras del tipo de “autogestión” que pretendía *imponer* en el ámbito productivo. La discusión en torno de la democratización del proceso de trabajo también expresa este tipo de concepción. El rechazo de Lenin (y más aún, de Trotsky¹⁵) a la extensión masiva del control obrero –y su apego a “la dirección por un solo hombre”– es totalmente comprensible en el marco del despotismo fabril que suponía la aplicación férrea del sistema Taylor. Este hecho, lejos de contribuir a la superación de la escisión entre trabajo manual y trabajo intelectual, tendía a intensificar al máximo la división entre un reducido

número de administradores, y una gran cantidad de obreros descalificados, a los cuales debía susurrárseles al oído la irónica frase de Taylor: “no se os pide que penséis”.¹⁶

Y si bien no es el propósito de este ensayo, habría que leer en igual sentido sus críticas a los activistas de la *Proletkult*.

Elevar la *disciplina* del trabajo era, pocos meses después del triunfo de octubre, una tarea imprescindible.¹⁷ Según Lenin (1943), se debía

[...] plantear a la orden del día la aplicación práctica y la experimentación del trabajo a destajo, la utilización de lo mucho que hay de científico y progresivo en el sistema Taylor, la coordinación del salario con el balance general de la producción o con los resultados de la explotación del transporte ferroviario y fluvial.

Las consecuencias de este planteo fueron sumamente trágicas para millones de vidas humanas. La racionalidad instrumental puesta en práctica por Lenin y sus sucesores en la Rusia (seudo)soviética llevó hasta el límite la acción humana tabulada con base en parámetros de medios afines. El pragmatismo decantó en la validación de cualquier tipo de praxis, siempre y cuando ella contribuyera a elevar los niveles de productividad del trabajo. Esto no podía sino intensificar la agonía y el sufrimiento de los obreros y campesinos que padecían la imposición como forma privilegiada de mediación con el Estado.

La respuesta *realista* de los dirigentes bolcheviques no fue otra que la de profundizar el proceso de expropiación del poder de los trabajadores, cerrando así su ciclo circular de burocratización.

El final del brillante libro de Georg Orwell, que relata la rebelión de los animales en la “granja rusa”, sintetiza mejor que nadie esta tragedia devenida en farsa: el rostro de los cerdos burócratas se mimetizaba poco a poco con el de los ricachones burgueses, al punto de tornarse difusas las diferencias entre unos y otros.

CONCLUSIONES PROVISIONALES

Para finalizar, creemos necesario reafirmar que ni el aparato estatal técnico, ni la mal llamada “organización científica del trabajo”, pueden considerarse entidades ajenas a las relaciones sociales en las cuales se inscriben. Antes bien, deben ser analizados como *formas* cosificantes y contradictorias de determinados vínculos humanos, tal como lo son el dinero, Dios o el Estado, aunque no aparezcan como tales. Que el dominio de clase se presente bajo la mistificación de un aparato administrativo neutro, o bien asuma en el ámbito productivo la forma pervertida de saberes técnicos especializados –tendientes, ambos, a “autonomizarse” y cobrar *vida propia*– es parte del proceso de fetichización propio de la sociedad capitalista. La crítica genética, precisamente, desenmascara la falsa neutralidad de estos *poderes extraños* que expropian a diario el hacer humano. Debemos, entonces, ser conscientes de que, antes que víctimas, somos cómplices reproductores de la violencia del capital, encarnada en cada uno de los múltiples *alius* que invierten –y pervierten– las relaciones entre los hombres. En nuestras propias prácticas y lenguajes se percibe la reificación constante de este proceso.¹⁸

Teniendo en cuenta las profundas implicancias teórico/políticas de este planteo, podemos concluir que, si bien somos nosotros los verdaderos responsables del asesinato sistemático que se realiza cotidianamente en la sociedad capitalista (esto es, la escisión entre sujeto y objeto, y la constante subsunción del primero en la dinámica impuesta por el segundo),¹⁹ huelga decir que el cuchillo-*tekhne* también debería ser condenado por su co-autoría (o al menos, por su innegable responsabilidad), aunque resultará por demás problemático llevarlo al banquillo de los acusados. Tal vez el veredicto último lo dicte la historia, crecientemente acorralada por una crisis civilizatoria cada vez más aguda. A juzgar por las rotundas pruebas, la absolución parece cuanto menos dudosa.

BIBLIOGRAFÍA

- Adorno, Theodor (1999), *Mínima Moralia*, Editorial Taurus, Buenos Aires.
- Coriat, Benjamin (1998), *El taller y el cronómetro*, Siglo XXI Editores, Buenos Aires.
- Friedman, Georges (1977), *La crisis del progreso*, Editorial Laia, Madrid.
- Gorz, André (1977), “Técnicos, técnicos y lucha de clases”, en *Crítica de la división técnica del trabajo*, André Gorz (comp.), Editorial Laia, Barcelona.
- Gramsci, Antonio (1998), “Taylorismo y mecanización del trabajador”, en *Antología* (a cargo de Manuel Sacristán), Siglo XXI Editores, Madrid.
- Graciano, Ricardo (1990), “Marx frente a la democracia industrial”, en *Revista Doxa* núm. 2, Buenos Aires.
- Lander, Edgardo (2008), *Contribución a la crítica del socialismo realmente existente. Verdad, ciencia y tecnología*, Editorial El Perro y la Rana, Caracas.
- Lenin, Vladimir (1943), “Las tareas inmediatas del poder soviético”, en *Obras Escogidas*, tomo III, Editorial Problemas, Buenos Aires.
- _____ (1960), *Obras Completas*, tomo XXXII, Editorial Cartago, Buenos Aires.
- _____ (1946), “La catástrofe que nos amenaza y cómo combatirla”, en *Obras Escogidas*, Editorial Problemas, Buenos Aires.
- _____ (1946), “Una gran iniciativa”, en *Obras Escogidas*, Editorial Problemas, Buenos Aires.
- _____ (1973), “¿Se sostendrán los bolcheviques en el poder?”, en *Control obrero y nacionalización*, Editorial Tierra Nueva, Buenos Aires.
- _____ (1988), “Informe sobre el programa del partido”, VIII Congreso del PC(b) R, en *Contra el burocratismo*, Ed. Anteo, Buenos Aires.
- Marcuse, Hebert (1969), “La obsolescencia del marxismo”, en *La sociedad industrial y el marxismo*, Editorial Guitaria, Buenos Aires.
- Negri, Antonio (1994), *El poder constituyente*, Editorial Libertarias, Madrid.
- Panzieri, Raniero (1974), “Sobre el uso capitalista de las maquinas”, en VV.AA, *La división capitalista del trabajo*, Cuadernos de Pasado y Presente núm. 32, Buenos Aires.
- Pasukanis, Evgeni (1976), *Teoría general del derecho y marxismo*, Editorial Labor, Madrid.
- Wright, Erik Olin (1983), *Clase, crisis y Estado*, Siglo XXI Editores, México.

NOTAS

¹ Lo cual no implica negar el carácter constitutivamente contradictorio del Estado, entendido como condensación refractaria de la relación social de dominación capital-trabajo, por definición asimétrica.

² Dicha separación no existía en las sociedades de clase anteriores, en donde la explotación económica y la coerción física eran ejercidas por la misma persona. Expresado en otros términos: la sociedad civil era eminentemente política. Será recién con el capitalismo que ambas esferas se “autonomicen” una de la otra, tendiendo a adquirir existencia propia. Este hecho, al que podríamos denominar *particularización de la política*, está vinculado con el cambio radical de la *forma* que asume la explotación/dominación en la sociedad burguesa, al estar mediada por el intercambio mercantil. Para un desarrollo de este punto, véase Evgeni Pasukanis (1976), *Teoría general del derecho y marxismo*, Ed. Labor, 1976; así como la reformulación de su teoría realizada por Joachim Hisrch, “Elementos para una teoría materialista del Estado”, en *Revista Crítica de la Economía Política* núm.16/17, 1980; y John Holloway, *Fundamentos teóricos para una crítica marxista de la administración pública*, INAP, México, 1982; entre otros.

³ “No hay que confundir –dirá– la cuestión del control y del registro con la cuestión del personal científico [...] estos señores trabajan hoy subordinados a los capitalistas y trabajarán todavía mejor mañana, subordinados a los obreros armados”, *El Estado y la revolución*, Ed. Beijing, 1966.

⁴ Ibid.

⁵ Mal que les pese a los marxistas, fue Max Weber quien mejor describió esta tendencia inscripta en la propia lógica burocrática a acumular poder, en función de la posición estratégica que ocupan los administradores en relación al control diario del conocimiento y la información. Al respecto, véase *Economía y Sociedad*, Fondo de Cultura Económica, 1984 y “Parlamento y gobierno en el nuevo ordenamiento alemán”, en *Escritos políticos*, Editorial Folios, 1982.

⁶ Por ejemplo, en el famoso párrafo del *¿Qué hacer?*, en el cual adscribe su tesis de la incorporación de la conciencia *desde afuera* a los trabajadores.

⁷ “La catástrofe que nos amenaza y cómo combatirla”, en *Obras Escogidas*, Ed. Progreso, 1966.

⁸ Para un desarrollo de las teorías stajanovistas en clave apologética y desde la perspectiva del DIAMAT puede consultarse el libro de Béla Székely: *De Taylor a Stajanov*, Editorial Calomino, 1946.

⁹ “Marx frente a la democracia industrial”, en *Revista Doxa* núm. 2, 1990.

¹⁰ Marcuse llega a insinuar, provocativamente, que está presente incluso en la obra de Marx.

¹¹ “Una gran iniciativa”, en *Obras Escogidas*, Editorial Problemas, 1946.

¹² Ibid.

¹³ Una interesante crítica al productivismo leninista, en esta clave, es la realizada por Jordi Sánchez en su artículo “Del obrero masa al obrero social: más allá de Lenin”, en *Revista Anthropos* núm. 144, mayo 1993. Asimismo, para un cuestionamiento radical extensivo al propio Marx, véase el libro de Edgardo Lander (2008).

¹⁴ En su forzado encierro carcelario, el revolucionario italiano expresará, en relación a la imposibilidad de la neutralidad técnica, que “los nuevos métodos de trabajo son inseparables de un determinado modo de vivir, de pensar y de sentir la vida” (Gramsci, 1998).

¹⁵ El líder del Ejército Rojo no sólo pregonaba la autoridad única dentro de la fábrica, sino también la militarización extrema de los trabajadores. En el Noveno Congreso del Partido, llegó a declarar abiertamente que “no puede permitirse que la clase obrera se pasee por toda Rusia. Hay que decir a los obreros dónde tienen que estar, trasladarlos y dirigirlos como si fueran soldados [...] A los ‘desertores’ del trabajo, hay que meterlos en batallones disciplinarios, o en campos de concentración”. En relación a su apología del taylorismo, no es menor a la realizada por Lenin. Al respecto, véase *Terrorismo y Comunismo*, Ed. Jucar, 1977; y *Las tareas de los sindicatos*, Ed. Pluma, 1973. Para un análisis crítico de la discusión véase Maurice Brinton: *Los bolcheviques y el control obrero*, Ed. Ruedo Ibérico, 1972.

¹⁶ Según Taylor, la separación tajante entre dirección y planificación mental por un lado, y ejecución corporal por el otro, era un requisito indispensable a la hora de garantizar una reducción de los costos y un “ejemplar” manejo del tiempo productivo.

¹⁷ Una posible explicación, según Antonio Negri (1994), es “la vuelta a la producción” vinculada con el *Termidor* de la Revolución rusa, y la consiguiente necesidad de aplacar la insubordinación de las masas y el democratismo de los soviets.

¹⁸ Conceptos tan usuales entre la militancia revolucionaria, como *arma* de lucha o *herramienta* de transformación, no hacen más que ratificar una visión de la política en términos instrumentales.

¹⁹ Lo cual supone entender nuestra vivencia, al decir de John Holloway, como esquizoide: la lucha no es, por tanto, entre sujetos “sociológicos” constituidos *a priori* (los malévolos capitalistas por un lado, los impolutos obreros por el otro), sino que más bien la contradicción capital-trabajo (entendida en sentido amplio e integral) nos permea y atraviesa a todos, despedazándonos en cada ámbito social, si bien de forma diferenciada. No obstante, todos somos partícipes *activos* del proceso de fetichización, a la vez que intentamos combatirlo. De ahí que la lucha sea *en, contra y más allá* del capital, intentando prefigurar en el hoy, los *aún no posibles* tan ansiados por Ernest Bloch.

Fecha de recepción: 15 de octubre de 2011

Fecha de aceptación: 15 de diciembre de 2011